
PRIMERA SEMANA

El Amor de Dios

INTRODUCCIÓN

“El Dios del Amor” (2Co 13,11), desde el origen de la humanidad, busca compartir con el hombre su propia vida y darnos a conocer su poder y amor.

Dios empezó enseguida a revelarnos un misterio de salvación para el hombre, que Israel fue acogiendo a través de la fe y del diálogo con Yahvé. Es así como Dios nos ha revelado también su propia vida divina. Si Dios nos habla es porque quiere darnos a conocer su Plan de salvación, diciéndonos, más que lo que Él es en sí, lo que Él significa para nosotros.

Dios se nos ha manifestado, pues, más con hechos que con palabras o, mejor dicho, por gestos y acciones salvadoras.

Es así como toda la Revelación, toda la historia de este plan de salvación que Dios empieza a realizar desde los comienzos de la humanidad, nos conduce, a una conclusión que lo resume todo: DIOS ES AMOR (1Jn 4,8-16).

I.- El amor de Dios manifestado en Su Hijo Jesucristo

OBJETIVO: *Con este tema tratamos de descubrir el amor que Dios nos tiene para empezar a bendecirle y alabarle.*

1.- Nuestro corazón y todo nuestro ser presienten que hay algo muy superior a todo lo que conocemos de este mundo, a lo cual estamos destinados. La necesidad que hay en todo ser humano de amar y ser amado es una expresión de la meta a la que Dios nos ha destinado.

La historia de cada uno de nosotros, desde que fuimos concebidos en el seno materno, pasando por nuestra infancia, la educación que hemos recibido, nuestra vocación personal y hasta las pruebas y sufrimientos que hayamos vivido, todo nos habla de una providencia y amor muy personal de Dios, como si sintiéramos que nos dirige la misma frase que al profeta Jeremías: "*Con amor eterno te he amado*" (Jr 31,3).

Lo que Dios dice de su pueblo en el profeta Oseas, el amor de Dios como causa de la elección de Israel, es nuestra misma historia:

"Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí... Yo enseñé a Efraín a caminar, tomándole por los brazos, pero

ellos no conocieron que Yo cuidaba de ellos. Con cuerdas humanas los atraía, con lazos de amor, y era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla, me inclinaba hacia él, le daba de comer" (Os 11, 1-4).

El deseo ardiente es que cada uno llegemos a ser plenamente aquello para lo que El nos ha destinado: felices compartiendo su misma vida. Llegar a ser yo mismo es llegar a realizar en mí el plan de Dios, el plan que desde antes de la creación ya Dios se había trazado:

"Nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para ser santos, inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado" (Ef 1, 3-6).

2.- Por su gracia divina y su gran misericordia, sin ningún mérito por nuestra parte, un día fuimos introducidos en la fe de la Iglesia, y al recibir el Bautismo empezamos a compartir la vida de Dios y algo del esplendor de la gloria venidera.

El nos atrae siempre "*con lazos de amor*". Si el hombre busca acercarse a Dios no es por simple sentimiento o necesidad psicológica, como quieren interpretar algunos psicólogos sino para responder a la llamada del amor que Dios constantemente nos lanza y que de muchas maneras podemos percibir.

Cuando a la palabra de Dios responde la palabra del hombre, y al amor de Dios el amor del hombre, es cuando éste encuentra en la verdadera comunión personal con su Creador.

Todo lo Dios busca es atraernos hacia Sí para comunicarnos su misma Vida. Por esto Dios es "*el Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos*" (Mt 5,45), que "*da cosas buenas a los que se las piden*" (Mt 7,11), que "*es compasivo*" (Lc 6,36), "*Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado*" (Ex 34, 6-7)

3.- Y este amor ha sido siempre gratuito, sin que preceda ningún mérito de mi parte, como fue el amor de Dios para su pueblo elegido: "*No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahvé de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene... Has de saber, pues, que Yahvé, tu Dios, es el Dios verdadero, el Dios fiel que guarda la alianza y el amor por mil generaciones a todos los que le aman y guardan sus mandamientos*" (Dt 7, 7-9).

El hombre alcanza toda su dignidad de persona humana cuando llega a responder a este amor. Todo el Antiguo Testamento nos insiste en que Dios no mira tanto las acciones exteriores, la oración de los labios o los sacrificios externos, como el corazón del hombre. Lo que Dios, por tanto, quiere de nosotros es nuestro corazón, "*Dame, hijo mío, tu corazón, y que tus ojos hallen deleite en mis caminos*" (Pr 23, 26).

AL ENVIARNOS A SU PROPIO HIJO DIOS NOS LO DIO TODO

"Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él" (Jn 3, 16 -17).

"En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a Su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1Jn 4, 9-11). "Él nos amó primero" (1Jn 4,19).

El amor de Dios se ha manifestado en la Encarnación de su Hijo. La venida de su Hijo al mundo es una donación de Dios, pues Dios nos da lo mejor y nos dice: *"Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mt 3, 17)*

La venida de Jesús al mundo es la forma más clara y radiante como Dios se da a conocer y sale al encuentro del hombre. Jesús, viviendo como Dios y como hombre en medio de nosotros, es la máxima expresión del diálogo de amor entre Dios y el hombre.

Pero Cristo no es solamente la presencia de Dios entre nosotros, el "Enmanuel". Nos trae el Reino de los Cielos y nos lleva al Padre: éstas son las dos ideas centrales de todo su mensaje.

El Reino de los Cielos nos llega por Él, y Él mismo es, para los que le acogen por la fe, el Reino. De todas las parábolas que empleó para hacernos comprender lo que es el reino, la más expresiva es la parábola del banquete de bodas, la cual nos resume la historia de Dios con los hombres en la que Él busca compartir su vida divina y revelarnos su bondad y su amor.

Este banquete de bodas alcanza su plena realización en la **Nueva Alianza** con la humanidad, que Dios sellará con la sangre de su Hijo, Alianza por la que Él se compromete a ser nuestro Padre y darnos abundantemente su vida, a vivir Él en nosotros y nosotros en Él, y después, como herencia, la plena posesión del Reino de los Cielos, con tal que aceptemos a su propio Hijo como Salvador y Señor de nuestras vidas.

Es así como el hombre puede llegar a la plena felicidad, al convertirse en hijo de Dios por la salvación que alcanza en Jesucristo, *"en el cual somos redimidos y salvados y tenemos libre acceso al Padre"* (Ef 2, 18). Es la forma como Jesús cumple su promesa: *"El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed"* (Jn 6, 34).

Es en Cristo donde conocemos a Dios de verdad. Él nos revela lo que es Dios y lo que han de ser nuestras relaciones con Él. Cristo es imagen de Dios invisible (Col 1, 15), *"resplandor de su gloria e impronta de su sustancia"* (Hb 1, 3).

JESUS NOS DIO LA PRUEBA SUPREMA DEL AMOR DE DIOS

Al empezar a describir la última Cena de Jesús con sus discípulos, el evangelista Juan nos presenta el lavatorio de los pies, y nos dice de Jesús: *"Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1).*

En el final de la cena Jesús se desahoga con sus discípulos y manifiesta:

"Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor... Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado...Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer... (Jn 15, 9-15)

Y en el pasaje en el que Jesús se presenta como el Buen Pastor que da su vida por sus ovejas nos ofrece la misma idea:

"Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre" (Jn 10, 17-18).

"Me amó y se entregó a sí mismo por mí " (Ga 2, 20).

La Pasión y Muerte de Jesús, Hijo de Dios, como grano de trigo que cae en tierra para morir y dar fruto (Jn 12, 24) como cordero sin defecto ni mancha, es la medida del Amor, y también la victoria del Amor.

Él quiso aceptar el tormento de la Cruz, y entregándose se sometió a la muerte, y a una muerte de Cruz (Fip 2, 8), hasta el punto de no parecer ya hombre ni tener aspecto humano. Es así como fue *"el testigo fiel"* (Ap 1, 5) de la Verdad y del Amor de Dios.

Dios en su Hijo nos ha dado testimonio del Amor con sus palabras, pero sobre todo con su sangre: *"La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm 5, 8), "a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él (2Co 5, 21).*

"Como Yo os he amado" (Jn 13, 34): he ahí hasta dónde puede llegar el gran Amor de Dios.

CONCLUSIÓN

Señor, Tú has querido revelarnos la profundidad de tu amor divino por medio de tu Hijo. El nos manifestó los secretos de tu amor de Padre. Él nos enseñó que debemos asemejarnos a Tí en el Amor (Mt 5, 48). Que tu Espíritu me ayude a penetrar en el primer mandamiento que nos diste: *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Estas palabras que yo te confío las guardarás escritas en tu corazón"* (Dt 6, 5-6).

Textos para meditar en la semana:

- 1.- Os 11, 1-4
- 2.- Mt 6, 25-34
- 3.- Rm 8,31-39
- 4.- Dt 7, 6-13
- 5.- Sal 25, 1-22

- 6.- Sal 27, 1-14
- 7.- Si 43, 27-33

II.- El amor de Dios en el plan de salvación

OBJETIVO: *Recibir con fe la salvación que Dios me ofrece en su Hijo y llegar a sentirme salvado.*

La salvación que recibimos de Dios a través de su Hijo es una prueba, aún más personal, del amor de Dios. En sus designios eternos Dios, *"que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad"* (Tim 2, 4) concibió un plan de salvación que su Hijo llevó a término.

Jesús vino al mundo *"para que el mundo se salve por Él"* (Jn 3, 17). Su mismo nombre significa "Yahvé salva", y *"no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos"* (Hch 4, 12).

A) JESÚS VINO PARA SALVAR AL MUNDO

"Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor".(Lc 2, 11): fue el mensaje venido del cielo al aparecer el Hijo de Dios en medio de nosotros.

En su vida de ministerio procuraría Jesús aprovechar todas las ocasiones posibles para recalcar su misión salvadora: *"El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido"* (Lc 19, 9-10), *"no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo"* (Jn 12, 47).

Él es la única puerta de salvación (Jn 10, 9).

Leyendo atentamente el Evangelio llegarnos a concluir que la misión principal de Jesús, como Hijo de Dios venido al mundo, es la salvación de los hombres. En su predicación, expresa de diversas maneras en qué consiste la salvación y cómo se ofrece a todos, aún a los más alejados de la casa del Padre.

Los Evangelios subrayan desde la infancia de Jesús su función salvadora, como ya estaba anunciado en toda la Escritura: *"Todos verán la salvación de Dios"* (Lc 3, 6) y de forma detallada nos van presentando el desarrollo y la manifestación de esta salvación, que en la Cruz y en la Resurrección tuvo su punto culminante.

Cuando nosotros escuchamos hoy este mensaje del Evangelio a través de la Iglesia, que nos lo trasmite fielmente, recibimos lo que para todos los hombres es "palabra de salvación" (Hch 13, 26), y podemos nosotros también afirmar con San Pablo: *"Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo"* (1Tim 1, 15)

B) ¿COMO ES LA SALVACION QUE OFRECE?

1.- La salvación que Jesús me ofrece es actual, para mí en concreto aquí y ahora, para hoy, para mañana y para siempre. No es solamente para después de la muerte. Él quiere que me sienta salvado todos los días de mi vida: *"ahora es el día de la salvación"* (2Co 6, 2). Si yo le dejo entrar en mi mundo, en mis problemas y negocios, en mi casa, escucharé con gozo que me dice: *"Hoy ha llegado la salvación a esta casa"* (Lc 19, 9).

2.- Si bien ya es aquí y ahora cuando Él *"me salva, me saca de las garras del abismo y me lleva consigo"* (Sal 49, 16), sin embargo mi salvación no alcanza toda su plenitud y consumación hasta que no haya llegado a la casa del Padre y obtenga la herencia de los santos y *"la gloria del reino preparado"*, desde la creación del mundo, para los que se salvan (Mt 25, 34).

3.- No procede hablar solamente de la salvación de mi alma, sino de todo mi ser, de toda mi persona. La salvación es algo global que afecta a todas las áreas de mi persona, y por tanto también a mi cuerpo, en el que siempre se da una manifestación de cuanto ocurre en mi espíritu, para llegar un día a resucitar como incorrupción, gloria, fortaleza y *"cuerpo espiritual"*. (1Co 15, 42-44).

4.- No soy yo el que me salvo. El Señor es el autor de la salvación y es Él el que me salva de una forma gratuita, sin que yo haya merecido nada de mi parte, *"y si es por gracia, ya no lo es por las obras; de otro modo, la gracia no sería ya gracia"* (Rm 11, 6).

Cada día tengo que dar gracias a Dios por esta salvación que recibo con tanta misericordia y amor. Un día espero yo también unirle al canto de alabanza de los elegidos: *"la salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero"* (Ap 6, 10).

5.- A mí me corresponde disponerme, apartándome del pecado y convirtiéndome al Señor, y como un pobre, como un enfermo, como un niño, acoger por la fe en Jesucristo el don que graciosa y abundantemente me ofrece la misericordia amorosa del Padre. La fe es el principio de mi salvación y el fundamento de mi justificación ante Dios, pues *"el justo vivirá por la fe"* (Ga 3, 11).

6.- Esta fe no es sólo asentimiento intelectual, sino un SÍ total de todo mi ser a Cristo Salvador, una acogida de su palabra y, de su persona, lo cual supone un rendirme a Él, que así me libera y quiere conservarme sano y salvo para el día de la resurrección. No es tampoco una simple creencia o una vaga persuasión; es un creer con la inteligencia y también con el corazón (Rm 10, 10), lo cual implica mi incorporación por el Bautismo a Cristo, Verdad y Vida, y el que yo empiece a vivir en Él y por Él. Es así como por la fe habita Cristo en mi corazón (Ef 3, 17), Y también por la fe recibo *"el Espíritu de la Promesa"* (Ga 3, 14), las *"arras"* puestas en mi corazón de la herencia prometida (2Co 1, 22 y 5, 5).

C) ¿EN QUE CONSISTE ESTA SALVACIÓN?

1.- La salvación que Jesús nos trae es:

- **un pasar de la muerte a la vida.** Jesús nos dice: *"el que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado tiene vida eterna, y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida"* (Jn 5, 24);
- **pasar de las tinieblas a la Luz.** *"Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en tinieblas"* (Jn 12, 46)

- **pasar de la situación de esclavo y de ruptura con Dios**, con los demás y consigo mismo, a un estado de armonía y comunión consigo mismo, con los demás y con Dios, como verdadero hijo de Dios;
- **pasar de la tristeza, ruina y desesperación** al gozo, paz y esperanza plenas.

2.- Es esencialmente una **liberación**:

- del poder de Satanás,
- del pecado,
- de la muerte.

- a) El poder de Satanás, el maligno, el señor de la muerte, o el acusador, como le llama la Escritura, que se opone a Dios y a la salvación de los hombres, sufrió su gran derrota con la muerte de Jesús en la Cruz. Esta victoria de Jesucristo anula el acta de acusación destinada a perder a la humanidad (Col 2, 14-15). El cristiano, que por el Bautismo quedó incorporado al Cuerpo del Señor, nada tiene que temer al poder del maligno, a no ser que él mismo deliberadamente quisiera entregarse a su acción; y, por la gracia que recibe de Jesucristo, siempre puede triunfar sobre Satanás, desbaratando su actuación y maniobras (2Co 2, 11; Ef 6, 11). Por el poder del Espíritu Santo podrá discernir todo cuanto del espíritu maligno va en contra de Jesucristo, tanto si es magia o supersticiones, como si se trata de ocultismo, idolatría u otras prácticas. Por más que se vista de luz, Satán, ya vencido, no tiene más que un poder muy limitado, y al final de los tiempos verá su derrota definitiva (Ap 20, 1-10).
- b) *"En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo. Y el esclavo no se queda en casa para siempre; si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres" (Jn 8, 33-36).*

En efecto, por el poder de Cristo resucitado somos liberados y salvados del pecado:

- Ante todo, el mayor beneficio que obra Jesús es **el perdón** del pecado. Su muerte es un sacrificio salvador para remisión de los pecados: *"Ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados" (Mt 26, 28)*. Habiendo resucitado tiene toda potestad en el cielo y en la tierra y comunica a su Iglesia el poder de perdonar los pecados (Jn 20, 23).
- También nos libera **de los efectos nocivos y consecuencias del pecado**: de su poder esclavizante, de la debilidad y ceguera que produce, de todo estado de culpabilidad y tristeza. Sus sacramentos tienen todos un maravilloso poder sanador, y por ellos experimentamos cómo Cristo es la luz del mundo que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1, 5-9); y por la fe y la gracia somos convertidos en *"luz en el Señor" (Ef 5, 8)*.
- c) Nos libera **de la muerte**. La resurrección de Jesús es la prueba de su victoria sobre una de las consecuencias más dolorosas del pecado: la muerte. *"El último enemigo en ser destruido será la muerte, porque ha sometido todas las cosas bajo sus pies..." (1Co 15, 26)*. *"La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (1Co 15, 54-55)*.

Cristo *"aceptó la muerte, uno por todos, para librarnos del morir eterno"* (Prefacio de difuntos II) Su victoria sobre la muerte, garantía de nuestra futura resurrección, nos infunde una gran seguridad ante el hecho de la destrucción de nuestro cuerpo, haciéndonos ver que lo que los

hombres llamamos muerte no es más que el paso a la verdadera vida, “*porque la vida de los que creen en el Señor no termina; se transforma*”. (Prefacio de difuntos II)

Para el cristiano que vive en serio su fe y unión con el Señor, nada tiene de terrible la muerte; al contrario, la espera con paz y hasta con gozo indecible, como vemos en los santos y en hermanos que nos han precedido, cuya muerte envidiamos. Sor Isabel de la Trinidad en el momento de su muerte dijo: “¡Me voy a la luz, a la vida, al amor!”

3.- Sí la salvación, como hemos dicho antes, es perdón del pecado, también es:

- reconciliación con Dios, por la muerte de su Hijo, siendo nosotros justificados por su sangre,
- por la cual Dios nos comunica el don del Espíritu Santo, y nos hace hijos suyos adoptivos.

"Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es" (1Jn 3, 2) Entonces habremos alcanzado una liberación y victoria total sobre la enfermedad, el sufrimiento, la muerte y todos los males *"porque el mundo viejo habrá pasado" (Ap 21, 4)*.

En el amor que Dios nos ha manifestado a través de su Hijo como salvador nuestro, se contiene toda nuestra salvación, la glorificación del Hijo se consumará en nosotros cuando definitivamente formemos parte del pueblo adquirido para la alabanza de su gloria (Ef 1, 14).

4.- La salvación de Cristo, si quisiéramos resumir, diríamos que es una liberación de la muerte eterna y entrar en posesión de la vida eterna.

En el Evangelio de Juan hay numerosos pasajes que nos hablan constantemente de vida eterna:

- unas veces a propósito de todo el que cree en Jesús; Jn 3, 16-36; 5, 24; 6, 47; 10, 28; 12, 25; 17, 3
- otras veces al hablar de aquél que come el pan vivo que Jesús nos ofrece. (Jn 6, 51-58) Hablando del pan vivo es cuando Jesús más nos habla de **la resurrección en el último día**: Jn 6, 39-40, 44-54, en correspondencia con la vida eterna
- otras veces cuando nos habla de la luz de la vida (Jn 8, 12)
- de no ver la muerte jamás: Jn 8, 51; 11, 26
- o de cómo **Él nos da su gloria** para ser todos uno, con Él en el Padre: Jn 17, 21-22; y estar donde Él está: Jn 17, 24.

D) CRISTO JESÚS, NUESTRO SALVADOR (Tt 1, 4)

Nunca como hoy se ha encontrado el hombre con una oferta tan variada y abundante de fórmulas y medios de salvación. Líderes de todo tipo, corrientes y religiones orientales que se nos presentan como un nuevo Mesías para occidente, reformadores sociales, hallazgos de la técnica y de la ciencia, de la medicina, de la psiquiatría, etc.

El cristiano tiene la verdadera "palabra de salvación" (Hch 13, 26; 11, 14) para todos los hombres de ayer, de hoy y de mañana. Y porque ha sido salvado debe proclamar en nombre de Jesús el mensaje de la Buena Nueva, el Evangelio que es *"fuerza de Dios para salvación de todo el que cree"* (Rm 1, 16) Recuérdalo siempre: ***"No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos"*** (Hch 4, 1-2)

Textos para meditar en la semana:

- 1.- 1P 1, 17-25
- 2.- Ef 1, 3 -14
- 3.- Hch 2, 32-41
- 4.- Rm 10, 5 -13
- 5.- Rm 5, 8-10
- 6.- Ap 7, 1-17
- 7.- 1Jn 4, 7-21